

Tulio Briceño Maaz, una vida sin fisuras

Drs. Raúl Díaz Castañeda, Rafael I Briceño C

Un hombre siempre es muchos hombres: los que en él crecieron por las circunstancias de su vida y los que en él convergieron por la sangre y la cultura. Un hombre es, en su madurez, como un río: viene de otros ríos, apacibles o tormentosos, claros u oscuros, y termina siendo un ancho camino de agua que va a dar a la mar. Sin embargo, en ese ancho río final, las aguas de los otros, los lejanos en el tiempo, ya no son identificables, hay una coherencia que lo hace único, individuo, con facetas y matices, temperaturas y honores, que le son propios: la diversidad en la unidad.

Esto podemos decir de Tulio Briceño Maaz. Ahora, en sus noventa años, es un río noble, nutriente, riquísimo de memorias, logros y bondades.

Nació el 3 de mayo de 1907, en Boconó, en la alta y apacible comarca, una pequeña aldea de muros blancos y techos rojos, en el verdor cafetalero del valle, en la montaña. Su padre, Félix Briceño, venía de San Jacinto, un quieto caserío a orillas del modesto río Castán vecino de la ciudad de Trujillo, en el que todavía se sentían las resonancias de los indios bujays, laboriosos y pacíficos. La madre, doña Ana Maaz, venía de alemanes asentados en la población de Santa Ana desde finales del siglo XIX, y le trajo la disciplina y la constancia de aquella raza de tanto trabajo. Seis hijos procrearon en Boconó los Briceño Maaz, siendo Tulio el primero, hoy único sobreviviente.

Muy difíciles eran las comunicaciones en aquel tiempo, más en los pueblos de montaña, cuyos habitantes eran apacibles robinsones entre sus sembradíos y rebaños. Tulio debió salir de allí, concluida la primaria, para inscribirse en el Colegio Federal de Varones en la Capital de Trujillo. Continuó sus estudios de secundaria en el Liceo Caracas, para graduarse de Bachiller en Filosofía y Letras en el Liceo San José de Los Teques, en julio de 1927. Tenía apenas 20 años, pero para su época podía decirse que se había puesto botas de siete leguas y había recorrido medio mundo.



Dr. Tulio Briceño Maaz.

En 1928 ingresa a la Universidad Central de Venezuela para estudiar medicina. No dudó en tomar esa carrera, que se adecuaba a su temperamento y sus capacidades. Le tocó vivir, en el viejo claustro de San Francisco y las calles adyacentes que colindan con el Capitolio, los acontecimientos estudiantiles que dan comienzo a una nueva Venezuela. El mismo, ya como médico, será de los que con su esfuerzo, su sabiduría y su bondad contribuyen a esa Venezuela estelar. El 31 de julio de 1934 recibe el título de Doctor en Ciencias Médicas, en la promoción "Doctor Vicente Peña", que integraron 48 egresados, destinados todos a brillantes carreras en el campo de la medicina nacional. Su tesis reglamentaria de grado versó sobre "La ictericia en las apendicitis".

Comenzó el ejercicio de la profesión en el Estado Zulia, como médico de la compañía petrolera Venezuela Gulf Oil Company durante cuatro años. Fue

transferido al oriente de la república, al Departamento Médico de la Mene Grande Oil Company en San Tomé, Estado Anzoátegui.

Tulio Briceño Maaz no ha ejercido nunca la medicina privada. Esa abstinencia obedece a su formación humanística: la concepción de la medicina como servicio y no como ejercicio liberal clientelar de conocimientos. Y para ese servicio que se impuso como proceder profesional fuera completo, realizó cursos de posgrado en Pittsburg, Duke, New York, Tulane, Liverpool y Hamburgo sobre cirugía, y en Caracas sobre medicina tropical, micología médica y patología. Ese vasto caudal de conocimientos lo fue repartiendo en una bibliografía de más de 50 trabajos, muchos de ellos originales, con temas de gran interés científico y de útil aplicación práctica.

El 28 de enero de 1954 fue elegido para el puesto N° 33 como Miembro Correspondiente Nacional de la Academia Nacional de Medicina por el Estado Anzoátegui. El 29 de junio de 1978 se le designa Individuo de Número de la misma Academia, en el Sillón VI para lo que presentó como trabajo de incorporación, el 15 de marzo de 1979, un “Diccionario de dermatología, etimológico y biográfico”.

Su largo y significativo trabajo de servicio a Venezuela le ha merecido premios y distinciones entre ellos la Orden del Libertador, que otorga la nación a sus hijos más lustres. Pertenece a la Asociación Médica Mundial, la Sociedad Americana de Medicina Tropical y el Colegio Iberoamericano de Dermatología. Es, además, Miembro Emérito correspondiente de la Academia de Medicina del Zulia y Miembro de la Sociedad de Historia de la Medicina Iberoamericana.

En 1946 se casó en Ohio con la señorita Clara Kryizan, fallecida en Caracas en 1995. De esta unión no hubo descendencia. “Don Tulio”, como lo llamaban sus compañeros de promoción, ha sido hombre estudioso, hombre de ciencia y, particularmente, hombre bueno. Ha sido siempre, por esto, admirado, respetado y querido.

El 22 de mayo de 1997, la Academia Nacional de Medicina rindió justo homenaje a este venezolano de excepción, en lo científico y lo humano, con ocasión del nonagésimo aniversario de su nacimiento.

Desde nuestra lejanía vemos a Tulio Briceño Maaz como un sereno Orinoco hacia el mar que somos nosotros, ancho y caudaloso, suma de todo lo bueno venezolano, desparramado en mil caños, en delta fértil y generoso.

“Louis Pasteur (1822-1895): su laboratorio y su mundo”

“En el centenario de su muerte, las contribuciones de Pasteur al conocimiento y tratamiento de las enfermedades infecciosas aparecen tan grandes en la historia de la medicina que a veces olvidamos que él comenzó a investigar seriamente las infecciones humanas solamente en los años 1870, cuando estaba en sus 50 y hemipléjico por un ictus sufrido en 1868. Antes de ese tiempo, los intereses principales de Pasteur incluían la estereoquímica del ácido tartáxico, el papel de los hongos en la fermentación, las enfermedades del gusano de seda y las teorías de la generación espontánea, ninguno de los cuales parece apropiado para el curriculum vitae de alguien, cuyos subsecuentes trabajos

transformarían la medicina. Bajo las disímiles superficies de estas primeras investigaciones, cada una de las cuales dirigió sus respectivos campos por nuevas vías, yacían dos preocupaciones comunes: los efectos de las diferencias físicas diminutas sobre la función y la relación de la ciencia del laboratorio con los presionantes eventos económicos y médicos.

Pasteur, como su rival alemán Roberto Koch, se hizo presente en los años 1840, cuando la medicina científica era conducida por los anatomistas que estaban publicando cada vez más detallados estudios de los órganos y tejidos mórbidos” (Martensen RL. JAMA 1995;274:995).